

GLORIA DE HARO

LA TEORÍA
de tus latidos

GLORIA DE HARO

©Todos los derechos reservados.

Título: La teoría de tus latidos
©Gloria De Haro

Edición publicada en Abril 2017

Para ti, que después de casi una década juntos,
sigues inspirándome,
apoyándome,
amándome,
en cada una de mis alocadas ideas.

*Siempre he soñado con él. Aún y sin conocerle, pasábamos
las noches unidos.*

No conocía su voz, ni su olor, ni su rostro. Pero era él.

Lo sabía.

Lo sé.

Me esperaba en algún lugar.

Una larga espera por delante. Creía.

1

Lunes. Demasiado temprano.

—Un pensamiento puede compararse con una nube que arroja una lluvia de palabras —mencionaba en clase mi profesor de psicología con su habitual tono monótono refiriéndose a Vygotski.

Pensamientos. Tan necesarios. Tan llenos de precipitadas palabras. Y, a menudo, tan pérdida de tiempo.

Estaban siendo tantos y tan dispares estos últimos días que había llegado a convertir casi en un eterno pensamiento cómo conseguir deshacerme de ellos. Lo más curioso es que a mi mente no se le ocurre un momento menos oportuno para hacer uso de su creatividad que justo en el que decido echarme a dormir. Y, claro, frente a un asunto tan complejo, las horas de insomnio son más de las deseadas.

Y no será por sueño, ni por sueños.

Quizás por eso, me está costando tanto concentrarme. O quizás no. Quien sabe.

Llegados a este punto, para poder explicarte a qué se debe mi falta de descanso, creo que ha llegado el momento de las presentaciones.

Soy Julia. Morena, ojos marrones, compleción normal y estatura media tirando a baja. No suelo llamar la atención. No hay nada que deteste más. Cuando lo hago, siempre es en contra de mi voluntad. Y, en estas ocasiones que son más frecuentes de que lo que me gustaría, me ruborizo hasta tal punto que parece que logre hacer desaparecer mis infinitas pecas.

Siempre me pregunto qué debe fallar en mi cerebro para dar la estúpida orden a la piel de mi cara de cambiar su pálido color a un rojo tan potente y, además, por si fuese poco ridículo, acompañarlo de una leve sudoración facial y tartamudeo.

Como ves, tengo un serio problema de incomprensión con mi sesera.

Con los años, tras mucho torturarme al no ocurrírseme ninguna solución diferente a la inviable opción de viajar al pasado para intentar arreglar algunos asuntillos que tengo pendientes con mi autoestima, he optado por poner un pe-

queño remedio a este asunto. Porque como siempre dice mi madre, *prevenir es curar*. ¡Y no hay mejor consejo que el de una madre!

El truco consiste en ir intuyendo hacia dónde va encaminándose cierta conversación comprometida y desviarlo sutilmente antes de llegar a la fase de *preruborización*^[1]. Cuánto antes, mejor. Eso sí, sin parecer antipática.

Este método es bastante más complejo de lo que en principio pueda parecer, por eso requiere un largo periodo de práctica. Pero me atrevería a afirmar que este último año, finalmente, me he convertido en toda una experta *esquivatemas*.

Aún tengo algún truquillo por acabar de perfeccionar, pero mi favorito, con una efectividad del 97% es el que he bautizado con el nombre de *¿y a ti qué te importa?* y consiste en contestar con una pregunta. Cuando me preguntan algo que me incomoda, acostumbro a responder brevemente y cambio mi rol convirtiéndome en la entrevistadora. Con el paso de los días, he podido comprobar como la mayoría de las personas adora ser el centro de atención. Cuánto ego y que innecesario, no encuentro nada más vomitivo. Y es que

creo que en general se le da escaso valor a la intimidad. ¡A veces me siento en peligro de extinción!

Y es que las heridas del pasado son como lunares en el alma, con la diferencia de que las primeras son prácticamente imperceptibles por los demás. Sólo los más observadores consiguen ver el dolor que se esconde tras las inseguridades ajenas.

El alma, igual que la piel, necesita atención y protección y esto sólo se logra a base de constancia. Cualquier despiste, por pequeño que parezca, puede llegar a pasar una gran factura, con heridas incurables.

Afortunadamente, la amistad y la familia son la mejor medicina antidolencias emocionales. Y yo tengo la suerte de contar con una gran familia y con Marta, Míriam y Nacho, mis dosis de risas y comprensión necesarias para superar cualquier lesión y los poseedores de los muchos parches anímicos que de vez en cuando reparan cualquier nueva fisura existencial. Por pequeñas que sean, allí están ellos para sellarlas a abrazos.

Soy la única de los cuatro que no está registrada en ninguna red social. Principalmente porque no creo que mi vida

sea tan interesante como para exhibirla y únicamente me interesa la vida de la gente a la que quiero y para saber de ellos me basta con hacer una simple llamada. Así que, básicamente, no las necesito. Además, estar tan visible y expuesta a los demás me hace sentir muy vulnerable. Y eso es algo que, por mucho que pase el tiempo, no llevo nada bien.

Por lo demás, mi día a día es bastante típico para alguien recién entrada en la veintena. Estudio Pedagogía en la Universidad de Barcelona y, si todo sigue igual, en menos de dos años estaré, al fin, graduada.

Trabajo todos los días. Entre semana, durante cuatro horas por las tardes, soy dependienta en una tienda de ropa interior de un concurrido centro comercial. Y los fines de semana soy atraccionista. Este segundo, es un trabajo bastante más divertido que el anterior, en parte, porque vamos rotando y cada día manejamos una máquina distinta. Además, en nuestra hora libre tenemos acceso a todas las atracciones y cómo todos nos conocemos, no hace falta hacer cola, así que la hora libre cunde bastante.

Otra de las cosas que me entusiasman de trabajar en el parque son las vistas sobre mi ciudad, son increíbles en cualquier momento del día. Me encanta Barcelona. No me imagino viviendo en ningún otro lugar. Tiene todo lo indispensable para mí. Pero sobre todo, lo que más me fascina es su mar. Y las vistas desde allí son inigualables.

Supongo que por eso, a la que pude independizarme, decidí instalarme con alguno de los tres en el barrio de la Barceloneta. Un antiguo barrio de pescadores, de calles estrechas y edificios no demasiado altos, que se encuentra justo frente al mar en una zona comprendida entre los dos puertos de la ciudad.

De eso hace ya dos años y, aunque últimamente se está convirtiendo un barrio demasiado turístico, exceptuando los meses de verano, es un barrio bastante tranquilo.

Comparto piso con Marta y Riu, su gato. Marta tiene un armonioso y dulce rostro, aunque lo que más llama la atención de su aspecto son sus bonitos y grandes ojos azules y su larga melena rubia. Su estatura es similar a la mía, aunque su figura es bastante más atlética. Le encanta hacer deporte. Forma parte del equipo de vóleybol de la facultad y

cada tarde, desde el día que nos instalamos, sale a hacer *running* por la playa.

Siempre acostumbra a hacerlo sobre las siete de la tarde y nunca varía el recorrido. Su primer reto del sudoroso trayecto comienza yendo en dirección hacia el mar, esquivando a turistas y bicicletas por el paseo rumbo al hotel Vela, situado en el extremo derecho de la playa de la Barceloneta. Una vez allí, se dirige hacia la arena y corre en sentido opuesto hasta que finaliza la playa, prácticamente a la altura de las dos conocidas torres que hay junto al puerto olímpico. Después, regresa a casa. Normalmente lo hace por el paseo inferior, evitando aglomeraciones.

La admiro. Emplea unos veinticinco minutos en hacer un recorrido de aproximadamente cinco kilómetros. Y lo hace prácticamente cada día, incluso aquellos en los que la lluvia resulta un incordio aunque no sea muy abundante. Las tardes en los que las condiciones climatológicas son demasiado desfavorables no tiene más remedio que suspenderlo. Afortunadamente, gracias al clima mediterráneo de Barcelona, no son muchas.

Una vez me propuse acompañarla, pero su ritmo y mi asma, fueron totalmente incompatibles. Tanto que a los cinco minutos, sin intención de entorpecer más su objetivo diario, decidí finalizar mi ejercicio y dirigirme hacia la ducha.

Riu es un gato negro, flaco y poco sociable al que no tengo especial cariño. Todo lo contrario que a su dueña, quizás porque es la chica más alegre, enérgica y optimista que conozco. Rozaría la perfección si no fuera por su extraña afición de compartir nuestro sofá con desconocidos. Normalmente, éstos son extranjeros atraídos a nuestro sofá, por un módico precio, a través de una página web.

Al principio, me opuse rotundamente a la idea de tener invitados ocupando nuestro pequeño salón (también cocina y comedor). Vivimos en un piso de sesenta metros cuadrados que dispone de además del espacio en el que se encuentra el sofá, dos dormitorios, un baño y una pequeña terraza.

Pero Marta puede llegar a ser de lo más insistente. Desde el día en el que se le ocurrió tan brillante idea, no había otro tema de conversación en casa. Los desayunos y cenas se volvieron monotemáticos. Incluso algunos escritos aparecían misteriosamente entre mis apuntes con los infinitos

pros y los cero contras de ofrecer el servicio de nuestro sofá a cualquiera que estuviese interesado.

Estos eran, sin duda, sus cinco motivos más convincentes extraídos de una de las notas.

1. Conoceremos a gente de todo el mundo.
2. Podremos practicar idiomas.
3. Tendremos miles de anécdotas que contar a nuestros hijos.
4. Ampliaremos nuestro círculo de amistades.
5. Ganaremos diez euros al día. Que, con suerte, si conseguimos alquilarlo a diario, a la semana serán setenta euros, al mes unos trescientos y al año tres mil seiscientos cincuenta.

A decir verdad, no se trata de un sofá especial. De hecho, es un sofá de segunda mano, en bastante buenas condiciones, pero un poco hundido y desgastado en las zonas más usadas. Es ancho y tipo *chaise longue*, de color negro con unas finas rayas horizontales rojas en la zona en la que se apoya la espalda. Y es cómodo, sí, pero no sabría decir si tanto como para dormir plácidamente en él toda una noche y despertarte con ganas de patear toda la ciudad.

No pasábamos demasiado tiempo en él. Teníamos otros rincones preferidos en casa en los que leer, reír o charlar, como los asientos de la pequeña terraza con vistas al jardín del vecino de abajo, sobre todo con la llegada del buen tiempo. Lo que más me gusta de ella es que es un lugar muy relajante en el que la mayor parte del día se puede oír el canto de unas ranas. Desconocemos el número exacto, Marta apuesta por catorce, yo creo que son nueve. Un día saldremos de dudas y le preguntaremos a Jordi, el propietario del edificio que curiosamente reside en el piso de tan bello jardín. Y así, sabremos quién se ha acercado más al número exacto de anfibios, como siempre sin pasarse, y ha ganado el magnífico premio de librarse de hacer la limpieza del piso durante una semana.

Básicamente el motivo económico fue el que consiguió convencerme. Siendo optimistas, obtendríamos el cincuenta por ciento del importe del alquiler por renunciar a un pequeño espacio de casa por unas horas. Eso, y la firma de nuestro irrompible contrato escrito a lápiz sobre una servilleta de papel en el que constaban las siguientes tres únicas condiciones:

1. Ella sería la única responsable de las visitas.

2. Los ocupantes sólo tendrían derecho a sofá y aseo. Y siempre en el siguiente horario: de once de la noche a siete de la mañana.
3. Ella se encargaría de mantener estas dos zonas comunes en perfectas condiciones.

Lo tenemos bien visible en nuestra nevera, sujeto por uno de los tantos imanes que coleccionamos, para evitar posibles excusas.

Y es que Marta siente debilidad por los imanes. Cuanto más raros mejor. Siempre que alguno de los cuatro encontramos uno extraño, no lo dudamos, es el regalo perfecto. Tenemos de todo: zanahorias, sushis, pingüinos... Algunos incluso son creaciones propias, como una piedra con forma de media luna imantada con una pintura especial. Pero el que sujetaba el contrato era mi preferido, una figura de una piña lila, de no más de unos cinco centímetros, con unos ojos resultones de lo más entrañables.